

Nuestra comunidad tiene un tono de vida un tanto heroico, cual es y debe ser Niepokalanów, si de veras quiere alcanzar la meta que se prefijó, o sea, no sólo defender la fe y contribuir a la salvación de las almas, sino, con un atrevido ataque y sin preocuparse de sí mismos, conquistarle a la Inmaculada un alma tras otra, un puesto de avanzada tras otro, enarbolar su bandera en las casas editoriales de los diarios, de la prensa periódica y no periódica, de las agencias de prensa; en las antenas radiofónicas, en los institutos artísticos y literarios; en los teatros, en las salas cinematográficas, en los parlamentos, en los senados, en una palabra, en todas partes y en toda la tierra; además, velar para que nadie logre jamás remover estas banderas.

Entonces caerán toda forma de socialismo y de comunismo, las herejías, los ateísmos, las masonerías y todas las demás tonterías que proceden del pecado. A todas luces, ésta es una misión; pero, según la regla, no todos están obligados ni llamados a ella, aunque permanezcan religiosos irrepreensibles.

Así yo me imagino Niepokalanów. Tal vez será una exageración; pero me parece que sin este grandioso ideal misionero Niepokalanów no pueda tener razón de existir y se debe rebajar necesariamente a los comunes complejos editoriales dirigidos por religiosos (SK 199).

"Amada idea fija"

IDEAL es una idea fija luminosa, atrayente, fecunda, capaz de unificar, vivificar y movilizar todas las facultades de un alma.

¿Podría haber IDEAL más noble y santo que el de la Inmaculada y de su servicio? El mismo Jesús nos da un ejemplo filial...

La esencia específica de Niepokalanów es la "ilimitatitud" de la consagración a la Inmaculada en vista de la conquista del mundo entero para Ella; por consiguiente, cada uno debe estar dispuesto en cualquier instante también a ir a todas partes y sin vacilaciones, hasta los últimos confines del mundo y —¡ojalá!— al encuentro de una muerte segura; en una palabra, siempre y en todo: "ilimitadamente" por la Inmaculada, mientras ni las constituciones ni la regla obligan a alguno a dirigirse, por ejemplo, a las misiones, sino sólo a "los que quieren" —escribe expresamente nuestro santo fundador.

Nosotros tenemos una voluntaria y amada "idea fija" —si

alguno quisiera llamarla también así— y es la Inmaculada. Nosotros vivimos, trabajamos, sufrimos y ansiamos morir por Ella; y con toda el alma, de todos modos, con todas las invenciones..., deseamos injertar esta “idea fija” en todos los corazones. Y esto no es indispensable para la salvación, ni... ¿o sí, es indispensable para la esencia completa de un franciscano?...

En una palabra, la meta de Niepokalanów es la realización de la meta de la M. I.; mientras los demás conventos pueden tener otras metas, sublimes y grandes pero distintas.

Querido Padre, ¿refunfuño demasiado, verdad? Cuando muera, entonces cesaré (SK 325).

Escribo brevemente, porque estoy abrumado de trabajo.

Nuestro cometido en Nagasaki (Japón) es muy simple: fatigarnos todo el día, matarnos de trabajo, ser estimado poco menos que un loco de parte de los nuestros y, consumido, morir por la Inmaculada.

Y, dado que no vivimos dos veces en esta tierra sino una sola vez, por consecuencia es necesario profundizar al máximo y con gran parsimonia cada una de las expresiones susodichas, para demostrar lo más que sea posible el propio amor a la Inmaculada. ¿No es, quizás, hermoso este ideal? La guerra para conquistar el mundo entero, los corazones de todos los hombres y de cada uno en particular, comenzando por nosotros mismos.

Nuestra potencia consiste en reconocer nuestra estupidez, debilidad y miseria, y en una ilimitada confianza en la bondad y en la potencia de la Inmaculada. La naturaleza puede horrorizarse, puede mirar con ojos nostálgicos otra forma de vida más tranquila y confortable y en condiciones ya bien determinadas; pero el sacrificio consiste precisamente en ir más allá de las atracciones de la naturaleza corporal. Toda la esperanza está en la Inmaculada.

¡Ánimo, pues, querido Hermano! ¡Ven a morir de hambre, de fatiga, de humillaciones y de sufrimientos por la Inmaculada!... Fray Maximiliano María Kolbe, medio loco por la Inmaculada (SK 301).

Desafío a la Orden franciscana

La renovación de la Orden franciscana fue siempre una de las metas más queridas del Padre Kolbe; pero toda renovación requiere una vuelta a las raíces, un retorno a las fuentes. Y la fuente es la

Inmaculada, Madre de Jesús, Madre de la Iglesia y Reina de los Hermanos Menores.

La renovación de una Orden religiosa equivale a la conversión y a la santificación de sus miembros.

Por esto, cuanto más se acerca a la Inmaculada una Orden religiosa, tanto más se renueva, se desarrolla, vuelve a florecer y se reviste de frutos: de santos, incluso canonizados.

El mayor acercamiento posible es la consagración ilimitada a la Inmaculada. Si la Orden se consagra ilimitadamente a la Inmaculada, entonces la Inmaculada llega a ser "Reina de la Orden seráfica", no sólo en las letanías sino también en la realidad, y no Reina constitucional sino absoluta; y todo franciscano conventual llega a ser, según la expresión del Padre san Francisco, su vasallo. ¡Su caballero, pues!

Y entonces en toda la Orden acontecerá lo que se está realizando actualmente en Niepokalanów y más aún, sin comparaciones.

Y... tendremos un tal progreso espiritual y numérico que superaremos guarismos jamás soñados, mucho más elevados que el número de miembros de todas las otras ramas franciscanas tomadas juntas.

Y... retornarán entonces los que en el curso de los siglos se desprendieron de nosotros, porque se desvanecerán las razones de la separación, mientras la potencia de la insignia de la Inmaculada borrará todo desacuerdo anterior.

Se abrirá entonces una página nueva en la historia de la lucha entre la Inmaculada y el dragón.

¿Serán éstas sólo puras utopías?...

Ya desde clérigo, yo sufro por la relajación de nuestra Orden y no veo otro camino más eficaz para su renovación (*que la consagración ilimitada a la Inmaculada*) (SK 668).

Religiosos, como peces fuera del agua

La Segunda Guerra Mundial fue un desastre y una tragedia no sólo para Europa y Polonia, sino también, en particular, para Niepokalanów, que fue bombardeada, saqueada y transformada en refugio para prófugos.

La numerosa comunidad de más de 700 miembros, cobijados bajo las alas de la Inmaculada, debió necesariamente dispersarse

y emigrar a sus casas o a otros conventos, esperando en futuros tiempos de paz.

A través de cartas circulares, el Padre Kolbe se comunicaba con ellos y los exhortaba a vivir en el destierro la misma vida religiosa que en el convento; pero, comprendiendo que, fuera del convento, sufrirían seducciones y tentaciones, como un padre preocupado, les envió el siguiente mensaje, para defenderlos de esos peligros, preservarlos de posibles aflojamientos en sus IDEALES y animarlos a conservar con firmeza los grandes principios de la vida espiritual.

Un religioso fuera del convento, es como un pez fuera del agua (SK 947).

No hay de qué asombrarse si un alma religiosa que mora fuera del convento, no puede dejar de debilitarse día tras día en el amor prometido, a menos que una gracia extraordinaria no venga en su ayuda, y que seguramente llegará si la permanencia fuera del convento no depende de su voluntad.

Sin embargo, en tal eventualidad ese religioso no debe descuidar la oración ni el empeño de observar sus santos votos del modo más fiel posible.

Efectivamente, ¿qué no haría el buen Dios por un alma que lo ama? Pero si una estancia de aquel género fuera intencional, ¿podría entonces el alma contar con tal gracia especial?...

No se puede vivir en el mundo sin tener en el bolsillo algún dinero y disponer de él. ¡Qué fácil es entonces el apego al dinero, sobre todo si las ganancias son elevadas o la familia está acomodada! Es fácil también un apego a las cosas materiales, como el alimento, el vestido o la habitación.

Fuera de la clausura, uno está necesariamente siempre en contacto con diferentes personas. ¡Qué fácil es, en semejantes circunstancias, el apego a las criaturas, que inicialmente es insignificante pero, después, poco a poco se hace exigente tanto que llega a sustituir al único amor escogido con preferencia.

Con respecto al voto de obediencia sobrenatural, él es una realidad tan sublime que, generalmente, aquellas personas que logran aún comprender la santidad de los dos votos precedentes, a veces no son capaces de comprender la sublimidad de la obediencia. Y si hasta un religioso relajado extravía deliberadamente la

vitalidad de la fe en la voluntad de Dios, o sea, en la obediencia religiosa, ¿qué diremos de los seglares que no tienen en absoluto la vocación religiosa y no la conocen?

Por consiguiente, cuanto más largamente permanece un religioso en el mundo sin necesidad, tanto más se hace semejante al ambiente que lo rodea, justamente como señala el proverbio: "El que va con el cojo, aprende a cojear". Y mientras la buena gente, en medio de la cual él vive, y la familia que lo quiere, tienden a salvar su alma siguiendo el camino ordinario, él —que emitió los votos religiosos pero los guarda cada día más flojamente— se halla siempre más en peligro de perder la vocación y la salvación.

Además, también el enemigo del alma —llamémoslo con su verdadero nombre: Satanás— no ahorra esfuerzo alguno para excogitar miles de razones para retrasar el retorno del alma a las condiciones que pueden facilitar la fidelidad en la observancia de los votos.

No pocas veces también el ambiente que le rodea, con una falsa benevolencia le ofrece con ello un fuerte apoyo.

Al debilitarse el alma más y más, si su conciencia se vuelve cada vez menos pura y cada vez menos delicada y, por esto, el flujo de gracias se afloja cada vez más, la oración llega a ser cada vez más descuidada. Entonces lo que una vez era un ideal, un manantial de felicidad, llega a ser algo inalcanzable o, sin rodeos, hasta repugnante.

Puede ser que yo haya trazado la vida de un religioso en el mundo con colores demasiado oscuros; sin embargo, deben creerme: las noticias que recibo de distintas partes no hacen más que confirmar todo lo que les estoy escribiendo.

La Inmaculada suscitó en nuestros corazones el amor hacia sí misma, un amor tal que nos impulsó a consagrarnos totalmente a su causa, es decir, la conquista de un número cada vez mayor de almas a su amor o, más precisamente, la ayuda a todas las almas para conocerla y amarla a Ella y, acercarlas, por medio de Ella, al Corazón divino de Jesús, cuyo amor hacia nosotros lo animó hasta la cruz y el tabernáculo. Pero, ¿cómo podríamos ser apóstoles, si precisamente en nuestras almas el amor, en lugar de arder cada día más, se fuera apagando lentamente?

Oremos a menudo y con fervor, uno para todos y todos para cada uno, para que la Inmaculada nos preserve de semejante desventura (SK 908).

La vocación se puede perder

Entre los males que más perjudicaron a la Iglesia y más lágrimas le hicieron derramar, hay dos: el entrar en el estado eclesiástico o religioso sin vocación o, en el camino, perder la vocación.

La siguiente carta del Padre Kolbe está cuajada de tristeza.

Un Hermano, cuyo nombre no se da por discreción, había entrado en Niepokalanów no por motivos religiosos sino interesados, tal vez por especializarse en electrónica y luego salir con una buena calificación. En su carta el Padre Maximiliano lo obliga a enfrentar sus responsabilidades.

¡Es para reflexionar y pedir al Señor que ponga sus manos sobre nuestra cabeza, para que no lo traicionemos sino que, más bien, nos esforcemos por servirlo cada día mejor!

Querido mío, de tu carta veo que no te das cuenta de lo que significa no observar los votos prometidos.

¿Podrá el Señor bendecirte a ti o a tu familia por una cosa semejante?

¿Y quisieras que yo te ayudara todavía en este asunto?...

Quizás, la ocupación que tienes actualmente es para ti motivo de disipación. En este caso puedes pedir otra que exija menor empeño de concentración, para que tú puedas más fácilmente entrar en ti mismo y darte cuenta de haberte metido en un camino equivocado.

Oí decir que ya en el momento de la profesión religiosa tenías intención de hacer lo que estás por llevar a cabo ahora. Si la cosa corresponde a la verdad, entonces provocaste un grave daño a la causa de la Inmaculada. En tu lugar cualquier otro, con un fervor auténtico, se habría especializado, como tú lo eres ahora, y podría ser más útil, mientras ahora es necesario recomenzar de nuevo con otro.

La dispensa de los votos no la pueden dar ni el provincial ni el general, sino sólo el Santo Padre. Pero quisiera ponerte una pregunta: "¿Qué acontecerá con todo esto delante del tribunal de Dios, en el caso que tú hayas tenido la vocación y después la hayas perdido por falta de fervor en la oración y por el interés de los negocios de tu familia?"

Presta mucha atención, para que en la última hora, mientras la agonía llegue al momento definitivo, tú no tengas que arre-

pentirte amargamente por no haber perseverado en la observancia de los votos emitidos.

Si de una persona que no mantiene lo que prometió a otro, se dice que no tiene carácter, o, sin ambages, cuando se trata de cosas más importantes, que es cobarde e innoble, ¿qué diremos del que quebranta no ya una simple promesa, sino un voto y, además, hecho a Dios?...

Piensa seriamente en todo esto como si estuvieras en punto de muerte.

Te recomiendo a la protección de la Inmaculada. Suplícala con todo el corazón que te abra los ojos y te infunda la fuerza (SK 735).

La pobreza franciscana

Imitar a la Inmaculada como Ella imitó a Jesús

Jesús pobre, humilde, obediente, siervo del Padre, evangelizador de los hombres... es el modelo de todos y de cada uno de sus discípulos, en particular, de los que a través de los votos se comprometen a seguirlo más de cerca en un empeño de amor más alto y en una fidelidad más radical.

El Padre Kolbe actualizó el carisma de la pobreza del seráfico Padre san Francisco, pero no lo hizo menos exigente. Los medios y la maquinaria, al servicio de la Inmaculada, podrán ser de último modelo; pero el corazón y la vida deben anclarse en el trabajo, en el sacrificio, en el desapego y en la libertad, sin falsos escamoteos.

Como de costumbre, Maximiliano lo ve todo a la luz de la Inmaculada, su "idea fija" y el imán de sus amores. Por esto, tanto la práctica como el espíritu de pobreza han de ser iluminados y alegrados por la luz y los encantos de la Inmaculada.

El que se consagró a la Inmaculada de modo verdaderamente perfecto, ya alcanzó la santidad; y cuanto más perfectamente se deja conducir por Ella en la vida interior (espiritual) y en la vida exterior (actividad apostólica), tanto más participa de su santidad.

Por esto, un miembro de Niepokalanów, para imitar a la Inmaculada como Ella imitó a Jesús, limita las propias necesidades personales a las cosas estrictamente indispensables y no busca

ni comodidades ni diversiones, sino que de todo se sirve sólo en cuanto le es necesario y suficiente, con el fin de conquistar lo antes posible el mundo entero y todas las almas a la Inmaculada.

En una palabra, él hace posible la impresión de una cantidad mayor de “El Caballero...” y su difusión en el mundo, pagando precisamente con las propias comodidades y con las propias diversiones. Y desea limitar al máximo las propias exigencias con respecto a la habitación, vestuario, alimentación..., para que el mayor número de ejemplares de “El Caballero” pueda difundirse en el mundo. O sea, la santa pobreza, ¡pero a la luz de la Inmaculada!

Por consecuencia, el que no ama a la Inmaculada hasta aspirar a sacrificar por Ella cada cosa (pobreza) y a todo sí mismo (obediencia), o sea, a consagrarsele sin restricción alguna para ser un instrumento en sus manos, es mejor que abandone Niepokalanów.

Por ende, la obediencia sobrenatural, en cuanto es la voluntad de la Inmaculada, y la pobreza más rígida, con el fin de conquistar lo más pronto posible el mundo a la Inmaculada y hacerse semejante a Ella: he ahí las notas características de Niepokalanów (SK 339).

La maldición de san Francisco

Que el dinero se pueda volver idolatría, abuso, explotación, corrupción y causa de infinitos males, es evidente.

Pero hay una tentación más sutil y seductora: utilizar el dinero no para obras, fuentes de trabajo, actividades culturales y evangelizadoras, sino como capital de inversión para vivir de los intereses y de los dividendos.

También el Padre Kolbe fue sometido a esta tentación y su respuesta fue un rechazo rotundo. He aquí lo que escribe a Fray Alfonso Kolbe, hermano de sangre, de bautismo, de vida religiosa y de perfección ascética.

...Una cosa muy importante es el fin de la casa editorial, que ha de ser siempre el esfuerzo para conquistar a la Inmaculada el mundo entero y cada alma en particular que existe y existirá hasta el fin del mundo, y jamás aquella maldita “renta”, como se imaginaba uno de nuestros religiosos: “No desarrollarse más; las máquinas son más que suficientes; de hoy en adelante tendremos nuestra renta”.

¡Ay! De esta manera se cambia el medio con el fin y el fin con el medio.

Evidentemente, la primera consecuencia inmediata es “no desarrollarse más”.

¡Dejemos no más que las almas se pierdan, que la prensa del diablo se desarrolle no más de modo espantoso y siembre la incredulidad y la suciedad moral! “¡Nosotros tenemos nuestra renta!”

He ahí un pequeño latifundio, aunque de forma diversa.

Es obvio que en este caso la maldición del Padre san Francisco debería precipitarse también sobre este género de fábrica que garantiza una existencia tranquila, como mucho tiempo atrás los latifundios para los “señores” (así nos llamaban en Italia) franciscanos conventuales.

La bendición del cielo sería entonces la destrucción de la fábrica o la confiscación del innoble poder, para que los “señores” frailes lleguen a ser pobres hermanos menores y se pongan al trabajo para la salvación de las almas —¡quisiera Dios también, con el espantajo de no tener siquiera un mendrugo de pan, cuando mermara el ideal del amor de Dios y de la salvación eterna del mayor número posible de almas por medio de la Inmaculada! (SK 137).

¿Basílica para el turismo o para la oración?

Niepokalanów necesitaba una iglesia, como casa de Dios y de la oración; pero también en ella, como en todas las demás cosas, debían resplandecer la pobreza y la belleza.

El turismo por las iglesias y basílicas es a menudo un escándalo y hasta una profanación; y de todo ello debemos precavernos.

Así el Padre Kolbe escribía, desde Nagasaki (Japón), a Fray Floriano Koziura, superior de Niepokalanów:

Querido Padre,

Seguramente la “basílica” será bastante amplia, en conformidad con las necesidades, pero pobre y bella por la armonía de sus partes, todas convergentes hacia su única meta: salvar y santificar el mayor número posible de almas por medio de la Inmaculada. Con todo, no deberá haber nada que no sea indispensable para tal fin.

¡Cómo desentonan los turistas que pasan de una iglesia a otra para admirar las obras maestras de arte, en lugar de adorar a

Jesús en el santísimo sacramento! ¡Cuántas veces distraen estas “bellezas” en lugar de invitar al recogimiento y a la oración! ¡Cómo contradicen, pues, a las finalidades de la misma iglesia!

Igualmente, ¡cuánto distraen las “bellas músicas”, que para escucharlas, muchas personas acuden a algunas basílicas romanas!

En el altar mayor me imagino una hermosa estatua de la Inmaculada quien, con los brazos abiertos, haga de trasfondo a la custodia para la exposición perpetua del santísimo sacramento, mientras los Hermanos hacen la adoración por tandas.

El que hace una breve visita a la “iglesia-basílica”, se pone de rodillas, permanece en oración, dirige la mirada al rostro de la Inmaculada y se retira, mientras Ella resuelve con Jesús su problema. Igualmente Ella despacha los negocios de las misiones, de los duros corazones de piedra de los paganos.

Por encima de la estatua, en un vitral (en la pared), una hermosa representación del Corazón de Jesús (SK 585).

Edificios pobres y sencillos

Los medios y los fines a menudo chocaron y entraron en conflicto.

Niepokalanów, la Ciudad de la Inmaculada, era vasta, pero construida con pobreza franciscana y con estructuras y materiales un tanto precarios. Tal vez el Padre Kolbe, en su clarividencia, preveía los futuros bombardeos y saqueos. Se debía hacer todo ahorro para promover el fin: la difusión de los IDEALES marianos. Muy pronto soplaron nuevos vientos que reclamaban una construcción más estable y confortable, y Maximiliano se alarmó. He aquí su carta a Fray Floriano Koziura, superior de Niepokalanów:

Querido Padre,

El informe publicado en el número de octubre de “Wiadomosci z Prowincji” de cómo la Inmaculada hace progresar y desarrollar su Niepokalanów, nos alegró y suscitó en nosotros un sentimiento de reconocimiento hacia Ella. Sin embargo, el anuncio de la construcción de un convento estable despertó una cierta preocupación. Quizás, ¿Niepokalanów se está acercando lentamente hacia la mediocridad?

La declaración de que el “principio-guía” serán siempre la pobreza y la sencillez franciscanas —lo que es indispensable y

suficiente para alcanzar el fin—, disipa aquella preocupación; con todo, dado que en los casos concretos no es fácil precisar adecuadamente “lo que es indispensable y suficiente para alcanzar un fin”, he ahí entonces que el temor, surgido al comienzo, no se disipó del todo.

Nosotros estamos demasiado lejos y no conocemos suficientemente la situación para poder dar indicaciones más detalladas; pero, considerando el problema desde un punto de vista general, se podrían presentar los siguientes puntos:

1.- ¿Qué cosa nos conducirá a una más rápida actuación del fin de la Milicia de la Inmaculada?... ¿Un proceso de estabilización o, más bien, la diaria consolidación del desarrollo de la actividad con miras a la conquista del mundo a la Inmaculada, unida a una adaptación continua y elástica de todas las cosas, comprendidos los edificios, a las necesidades del momento presente?... ¿Y, por ende, también la transformación y la demolición de algunos edificios y la construcción de otros que resulten más útiles en un determinado momento, para sustituirlos, después de algún tiempo, con otros que en el futuro se revelen más racionales?

2.- Hoy en día un edificio más duradero absorbe una suma más abultada de dinero, mientras con tal diferencia de costos se podría desde ya conquistar un mayor número de almas a la Inmaculada, aumentar la tirada de las revistas, la propaganda, el número de hermanos, de los edificios, de los instrumentos (las máquinas). Además, en el porvenir, en el caso de que sucedieran revueltas políticas, las construcciones más estables “se prestan” mayormente a ser requisadas.

Además, algún bienhechor, comparando su propia casita con la nuestra, podría también afirmar que él vive en una vivienda más pobre que la nuestra. En este caso, en fin, el apego al lugar se hace mayor, y nosotros llegamos a ser menos “peregrinos y extranjeros” (1 Pe 2,11) (SK 649).

Cuando el Padre Kolbe regresó del Japón para retomar la dirección de Niepokalanów, se dio cuenta de que, a pesar de sus insistencias, no se siguieron criterios estrictamente franciscanos en la construcción. Y en una carta al Padre Provincial, Anselmo Kubit, expresó sus quejas:

La gente no quedó edificada por la construcción de nuestro refectorio, que frenó el desarrollo de todo este año. No mucho tiempo atrás, el Padre Mariano escuchó los comentarios que los

lecheros, a la espera del tren, hacían entre sí (en dialecto): “¡Construyeron para sí mismos palacios como los de los condes!”

Yo hubiera deseado vivamente que el criterio de nuestras construcciones hubiese sido calculado más en base a las necesidades corrientes que sobre principios de la estabilidad y del futuro. Precisamente por esto yo sigo opinando que las razones, que presentaba en mis cartas desde el Japón, son todavía actuales.

Cuando por los alrededores de aquí surja la segunda Varsovia, entonces tendremos todavía tiempo suficiente para treparnos hacia lo alto; pero por el momento actual van bien los edificios que existen, semejantes a los que la gente construye a nuestro alrededor o, más bien, más pobres todavía. Esta es mi opinión.

El dinero que en tal modo se ahorra, debería servir más bien para un mayor impulso en la conquista de las almas a la Inmaculada (SK 772).

La Inmaculada es el fin, la pobreza el capital

Los santos toman en serio el Evangelio que les dice: “Busquen ante todo el reino de Dios y su justicia; y todo lo demás les será dado por añadidura” (Mt 6,33).

San Francisco en la regla proclama que “los Hermanos Menores son herederos de la altísima pobreza...” Maximiliano la profesó y la vivió.

El Padre san Francisco es el modelo del misionero. Su ejemplo y su regla son altamente misioneros y consienten el máximo impulso apostólico dirigido a la salvación y santificación de las almas.

La característica fundamental de esa regla, la santa pobreza, es el capital que nos permite a nosotros medirnos con las más grandes potencias financieras..., porque la santa pobreza es el cofre sin fondo de la divina Providencia.

Nosotros lo experimentamos vivamente aquí en el Japón. Si nos permitiéramos una comodidad de cualquier género, estaríamos francamente impedidos en la actividad. Y así el que puede, nos viene en ayuda. Actualmente nuestro más eficiente traductor es el Prof. Yamaki, japonés, protestante metodista desde el nacimiento y, más aún, uno que predica en su iglesia. Sin embargo, él se inclina más hacia el catolicismo, y su ideal es el Padre san Francisco.

La Inmaculada es el fin y la pobreza el capital. He ahí las dos características que Niepokalanów no puede en absoluto, bajo

ningún concepto, abandonar. Sin tal fin ella dejaría de ser “Niepokalanów”: traicionaría su misión. Por otra parte, sin la pobreza y sin la completa confianza en la divina Providencia, no se puede hablar de impulso o de ofensiva (SK 299).

El voto de pobreza, que no se vuelve vivencia en casos concretos, es pura retórica y autoengaño.

Maximiliano, en su magisterio formativo y en perfecta coherencia con sus principios, desciende a casos concretos.

Nada de abono, sino oferta libre

Con respecto a la situación financiera, yo creo que sea oportuno retornar aún más al espíritu primitivo, es decir, a poner en práctica con mayor empeño el mandato de Jesús: “Busquen ante todo el reino de Dios y su justicia y todo lo demás les será dado por añadidura” (Mt 6,33).

En los comienzos el ideal era la realización perfecta del fin de la Milicia de la Inmaculada, que consistía en el esfuerzo por convertir y santificar, por medio de la Inmaculada, de veras a todos, incluyendo a los más pobres que no tienen la posibilidad de ofrecer nada de nada y hasta a los que comienzan a sacar algún provecho, pero no aprecian aún la obra hasta dar la propia contribución con una mano más generosa.

Como compensación, aceptar lo que cada uno puede y ...quiere ofrecer.

Habiéndonos consagrado enteramente a la causa de la Inmaculada en las almas, podemos dirigirnos a los demás con entera franqueza, para que nos donen, según sus posibilidades, al menos algo de sus bienes materiales en beneficio de nuestra obra.

De esta manera se dejará de subrayar continuamente en las cuentas corrientes: “Abono, abono”, y se desarrollará cada día más la idea de la oferta libre. Al hacer así, con la ayuda de la Inmaculada, el impulso hacia adelante será más vivaz (SK 759).

Ni peinado ni cigarrillos

Acerca del peinado, yo opino que él no es indispensable para la santidad, más aún, tampoco ayuda a la humildad y a la sencillez. ¡Todo lo contrario! Cuanto más progresa uno en el amor hacia la Inmaculada, tanto menos se preocupa del peinado. Las constitu-

ciones no lo imponen. Ciertamente el corte uniforme de los cabellos está más en el espíritu de ellas.

En fin, yo creo que nuestro Padre san Francisco no llevase en el bolsillo ni peine ni espejo: ¡y nosotros ingresamos en su Orden para imitarlo!

Según mi parecer, pues, será más ventajoso para el alma no jugar con su peinado y de ese modo seremos facilitados en conseguir el fin de la Milicia de la Inmaculada.

Acerca de los cigarrillos, el asunto es más grave. Es muy difícil imaginar a nuestro Padre san Francisco con un cigarrillo en boca. ¡Sería una profanación!

Además, el tabaco cuesta; por ende será más según el espíritu de pobreza abstenerse de él, sobre todo, si pensamos que las ofertas, que la gente da para la causa de la Inmaculada, deben servir sólo para tal causa; y lo que se gasta por cosas personales más allá de los límites de una evidente necesidad, llegaría a ser un robo de las ofertas depositadas por la causa de la santificación de las almas (SK 942).

La obediencia y la libertad

Obediencia, itinerario de santidad

La santidad, máxima realización del hombre y máxima glorificación de Dios, tiene distintas formulaciones que suelen expresarse de esta manera.

La santidad consiste en una vivencia cada vez más plena de la inhabitación trinitaria en un alma, en la perfecta configuración con Cristo, en la perfección de la caridad y en la perfecta conformación de la voluntad humana con la voluntad divina...

En esta perspectiva se enraizan el voto y la virtud de la obediencia que tanta importancia tienen en la vida espiritual y, en particular, en la espiritualidad del Padre Kolbe. Como en todos los demás aspectos de su vida, Maximiliano ve, juzga y habla de la obediencia a la luz de la Inmaculada. Para él, la Inmaculada es la representación de la voluntad de Dios.

El espíritu de Maximiliano era un volcán de iniciativas, pero todo estaba supeditado a la obediencia. Esa sumisión fue para él fuente de serenidad psíquica y de bendiciones divinas para sus obras e itinerario de santidad.

En los escritos del Padre Kolbe, la obediencia ocupa un lugar privilegiado. De las gavillas de sus cartas, meditaciones y exhortaciones recogeremos algunas espigas de elevado contenido místico.

Queda un interrogante. Dados los destinatarios, la obediencia de que habla Maximiliano se aplica a los religiosos; análogamente

¿puede aplicarse también a los seglares? No nos quepa la menor duda. El mismo Jesús se lo había indicado al joven rico que le preguntaba qué debía hacer para alcanzar la vida: "Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos" (Mt 19,17).

Todo hombre, pues, tanto en el seno del hogar como en la escuela, tanto en la oficina como en el taller, tanto en la ciudad como en el campo, puede realizar en espíritu de fe y de obediencia las distintas obligaciones con las que está comprometido o las diversas tareas que se le encomienda.

La obediencia manifiesta la voluntad de Dios

El Padre Maximiliano, arrebatado por sus entusiasmos juveniles, así escribe a su hermano Fray Alfonso Kolbe:

Carísimo hermano,

¡Gloria al Señor Dios y alabanza a la Inmaculada por todas las gracias que nosotros, aunque indignos, recibimos!

Me llena de gozo el celo que te anima en la difusión de la gloria de Dios. En nuestros tiempos existe una gravísima epidemia de indiferencia que afecta, obviamente en varios grados, no sólo a los laicos sino también a los religiosos.

Sin embargo, Dios es digno de una gloria infinita. Aun siendo nosotros unas pobres criaturas, incapaces, pues, de rendirle la gloria que se merece, esforcémonos por contribuir, en cuanto podamos, a rendirle la mayor gloria posible.

Como ya sabes (sobre todo de la ética), la gloria de Dios consiste (prácticamente es la misma cosa) en la salvación de las almas. Pues bien, la salvación y la santificación más perfecta del mayor número de almas que Jesús redimió a caro precio con su muerte en cruz (comenzando por nosotros mismos), debe ser nuestro sublime ideal de vida. Todo esto para procurar los más grandes gozos al sacratísimo Corazón de Jesús.

¿Cuál es el modo mejor de rendir a Dios la mayor gloria posible y guiar a la santidad más excelsa el mayor número de almas?

Sin duda, Dios mismo conoce mejor que nosotros ese modo, porque es omnisciente e infinitamente sabio. Él, y sólo Él, Dios omnisciente, sabe qué podemos hacer en todo momento para rendirle la mayor gloria posible. De Él, pues, y sólo de Él, podemos y debemos aprender ese modo.

¿Cómo revela Dios la propia voluntad? Por medio de sus

representantes en la tierra. La obediencia, pues, y sólo la santa obediencia, nos manifiesta con seguridad y certidumbre la voluntad de Dios. Los superiores pueden equivocarse; pero nosotros, al obedecer, no nos equivocaremos jamás.

Hay una única excepción: cuando el superior ordenara algo que claramente, sin duda alguna, fuese pecado, aun mínimo (lo que en la práctica no sucede casi nunca), porque en tal caso el superior ya no sería representante de Dios...

Dios, y solamente Dios infinito, infalible, santísimo, clementísimo, es nuestro Señor. ¡Él, nuestro Dios, nuestro Padre, Creador, Fin, Inteligencia, Potencia, Amor, Todo! Cualquier cosa que no sea Él, tanto vale en cuanto se refiere a Él, Creador de toda cosa, Redentor de todos los hombres, fin último de toda la creación.

Es, pues, Él, quien por medio de sus representantes aquí en tierra nos manifiesta la propia adorable voluntad y nos atrae a sí y quiere, por medio nuestro, atraer el mayor número posible de almas y unir las a sí del modo más íntimo y personal.

Querido hermano, piensa en lo grande que es nuestra dignidad por la misericordia de Dios. Por medio de la obediencia nosotros nos elevamos por encima de nuestra poquedad y podemos obrar en conformidad con una sabiduría infinita (sin exageración), con la sabiduría divina... Dios nos ofrece la propia infinita sabiduría y prudencia, para que ellas guíen nuestras acciones: ésta es grandeza.

¿No es verdad que así nosotros santificaremos en el mejor de los modos el mayor número de almas? Y esto no es todo. Por medio de la obediencia llegamos a ser infinitamente poderosos. Efectivamente, ¿quién puede resistir a la voluntad de Dios? (SK 25).

El modo mejor para imitar a Jesús

El ejemplo y la palabra de Jesús son normas de fe y de vida para todos los creyentes. Evocando esos ejemplos y esas palabras, el Padre Kolbe ofrece a su hermano Alfonso el mejor itinerario de perfección. Sigue la misma carta:

Carísimo hermano, éste, y sólo éste, es el camino de la sabiduría, de la prudencia y de la potencia infinita, y el modo de dar a Dios la mayor gloria posible.

Si existiera un camino diferente o mejor, Jesús con la palabra y el ejemplo nos lo hubiera indicado. Los treinta años de su vida

oculta la sagrada Escritura los describe sencillamente así: “Y les estuvo sujeto” (Lc 2,51). Igualmente, con respecto a la entera vida de Jesús, leemos a menudo en la sagrada Escritura que Él había venido a la tierra, para cumplir la voluntad del Padre celestial (Jn 4,34;5,30; Hb 10,9). Todo esto lo sabes bien también tú; sin embargo, cuanto más piensa uno en ello, tanto más ve su grandeza y belleza.

Amor, pues, amor sin límites hacia nuestro óptimo Padre, amor que se demuestra a través de la obediencia y se ejerce, sobre todo, cuando se trata de cumplir cosas que no nos son agradables. El libro más bello y más verdadero en el que se puede profundizar sin tregua este amor con el fin de imitarlo es el crucifijo.

Sin embargo, todo esto lo alcanzaremos mucho más fácilmente de Dios por medio de la Inmaculada, porque Dios le confió a Ella toda la economía de su misericordia, reservándose a sí mismo la justicia, como dice san Bernardo (SK 25).

La cruz es escuela de amor

La inteligencia está por encima de los sentidos y la fe por encima de la inteligencia, aunque ella sea “un obsequio de la razón por lo que se refiere a la evidencia exterior, no ya a la interior”. Y cuanto menos ve la inteligencia la “evidencia exterior” y, pese a todo, camina igualmente siguiendo los dictámenes de la fe, tanto mayor es la gloria que rinde a Dios, reconociendo su infinita sabiduría, bondad y potencia. La perfección consiste en el amor a Dios, en la unión con Él, en nuestra divinización.

El amor se manifiesta mediante la actuación de la voluntad de Dios, que a nosotros se nos revela por medio de la voluntad de los superiores... El Ángel Custodio dijo a santa Gema Galgani que el camino más breve y auténtico para ir al cielo es la obediencia.

El someterse a la voluntad de Dios y a su actuación, especialmente en lo que es contrario a los sentidos y hasta a una inteligencia limitada y falible, inflama siempre el amor hacia Dios. La cruz es escuela de amor.

Deseo que la Inmaculada no ahorre las cruces a su “Milicia” ni a cualquiera de sus miembros por su causa. Sólo así se purifican las intenciones, para que no se adhiera a ella, ni en ella se trabaje por propia exhibición ni por complacencia interior, sino únicamente por puro amor (SK 51).

Obediencia y creatividad

La obediencia no es pasividad. El Padre Kolbe fue obedientísimo, pero a la vez fue un volcán de dinamismo y de iniciativas.

Es propio del súbdito proponer iniciativas, motivarlas, fundamentarlas, hacer ver las ventajas apostólicas, mostrar las dificultades que hay que repechar, buscar amigos y colaboradores, preparar proyectos, elaborar costos, encarar progresos previsibles... y someterlo todo a la autoridad del superior.

Maximiliano en muchas oportunidades propuso los proyectos más atrevidos y costosos, pero buscando el respaldo de la oración y de la obediencia. De esa manera, con la bendición de la obediencia estaba seguro de cumplir la voluntad de la Inmaculada, en cuya ayuda confiaba plenamente. Escribía a la Sección Mariológica de Cracovia:

Queridos, ¡cuánto me gusta leer: “Nos esforzamos...” Ford despedía del trabajo a los que se juzgaban ser ya maestros y dejaban de esforzarse por procurar un modo cada día más racional de trabajar...

La Milicia de la Inmaculada se inició y se desarrolló a través de la santa obediencia. Y no podía ser de otra manera, ya que su esencia es pertenecer a la Inmaculada. De la Inmaculada es sierva, hija, esclava, cosa, propiedad y todo. En breve, pertenecerle a Ella bajo todo aspecto. Anonadarse a sí mismo y llegar a ser Ella. El elemento fundamental de semejante transformación consiste en conformar, fusionar y unificar nuestra voluntad con la de Ella.

Está fuera de toda duda que su voluntad está plenamente unida a la voluntad de Dios. Entonces, no hay que hacer otra cosa sino unir nuestra voluntad con la suya, para que, por medio de Ella, nos unamos a Dios. Pero solamente la santa obediencia es capaz de manifestarnos de modo infalible la voluntad de Dios, la voluntad de Ella.

Por esto, el perfeccionamiento de la virtud de la obediencia a los superiores es la actuación práctica de la “Caballería de la Inmaculada”, es la Milicia de la Inmaculada viva.

Todo ello no significa de ninguna manera no tener iniciativas en campo alguno; más bien, se puede y se debe comunicar con toda libertad los pensamientos, los deseos que nacen en el corazón a condición que estemos dispuestos con igual satisfacción (de la voluntad, porque la naturaleza a veces puede también rebelarse)

a acoger la decisión de la obediencia, ya sea conforme ya sea contraria o indiferente a nuestro punto de vista.

Los superiores han de saber que nosotros no queremos en absoluto ejercer presiones por cosa alguna. En la duda, sería bueno hacerles conocer esta nuestra disponibilidad, para evitar que se dejen condicionar por nuestra voluntad; en cambio, somos nosotros los que debemos ser guiados por ellos.

No perdamos la paz si el sentimiento “se enfría”. Aquí se trata de voluntad y sólo de voluntad. Más aún, cuanto más se rebela la naturaleza, tanto mayores serán los méritos que nosotros cosechemos.

Me alargué mucho; pero no vayan a creer que yo ya no “me esfuerzo”. ¡Todo lo contrario! Con la ayuda de la Inmaculada advierto en mí mismo muchísimas imperfecciones y mucho mal; pero, siempre con su ayuda, “me esfuerzo” (SK 579).

En nuestra actividad deberíamos poner una atención muy particular a dos cosas:

1. a la libertad, a la franqueza, a la sinceridad en manifestar a los superiores competentes lo que se piensa sobre un determinado problema; además,

2. al esmero, a la determinación, al amor en actuar la decisión de los superiores, sin considerar que esa decisión fue tomada respetando nuestra convicción o contra ella o sin tenerla en cuenta en absoluto.

De todas maneras, cuando el problema es bastante importante y podemos razonablemente presumir que los superiores mayores sean de opinión diversa, es lícito dirigirse a ellos; más aún, en los problemas muy importantes, estamos obligados a hacerlo... Hecho esto, ver en su decisión la voluntad de la Inmaculada.

De cualquier modo, conservar siempre una completa serenidad interior, más aún la alegría. Ante todo, ¡que la Inmaculada conquiste y tome posesión de todos nosotros de modo ilimitado! Entonces Ella podrá obrar también por medio nuestro (SK 575).

Cuarto voto: total disponibilidad

El Padre Maximiliano Kolbe no sólo se había consagrado sin límites a la Inmaculada, sino que deseaba que su consagración fuese sellada con un voto de total disponibilidad; o sea, a los votos de pobreza, castidad y obediencia añadir un cuarto voto de ir a cualquier lugar y en cualquier condición al servicio de la Inmaculada.

Sometió al superior provincial, Fray Cornelio Czupryk, sus anhelos. Su petición fue acogida, y el sábado santo del año 1932 tanto él como los Hermanos de Nagasaki (Japón) emitieron el cuarto voto.

Amado Padre,
los Hermanos de Mugenzai no Sono (Nagasaki), incluyendo al infrascrito, considerando que:

1. ni nuestra regla ni las constituciones obligan a estar dispuestos para ir a las misiones;

2. nadie puede ser verdadero miembro de Niepokalanów si no se consagra a la Inmaculada sin reserva alguna, no excluyendo ni las misiones, sin preocuparse de la nación, de las dificultades y ¡ojalá! también de la muerte;

3. constatando que actualmente el Reverendísimo Padre Provincial (Padre Cornelio Czupryk) no puede ordenar a nadie que se dirija a cualquier lugar fuera de Polonia (de la provincia), sino que debe ante todo lograr el consentimiento del religioso interesado;

4. ninguna guerra llevada adelante con un sistema de este género —o sea, en el que el comandante está obligado a preguntar al soldado si tal posición es de su agrado y a enviarlo sólo si el soldado consiente— tendría muchas probabilidades de victoria;

remitimos al Revmo. Padre Provincial una petición, para que nos fuera concedido añadir a los actuales votos religiosos también el de estar dispuestos a todo por la Inmaculada, aunque se tratara de las misiones más difíciles y hasta arriesgar la propia vida.

Plenamente consciente de que yo no tengo el derecho de imponer a los Hermanos un compromiso de este tipo, lo dejé a su libre decisión, pero ellos con gran entusiasmo suscribieron el documento redactado por Fray Mieczysław.

Junto con esta carta, remito una invitación, de mi personal iniciativa —yo no soy superior de Niepokalanów, y por ende soy libre de hacerlo— a los Hermanos de la Milicia de la Inmaculada..., para que eleven una petición semejante al Revmo. Padre Provincial (SK 398).

La obediencia, fuente de paz y serenidad

En la vida espiritual una de las inquietudes más delicadas es ésta: “¿Con esta acción agrado o no a Jesús? ¿Cumplo la voluntad de Dios, sí o no?”

A través de la obediencia, el religioso logra gran paz y serenidad. Análogamente, también los esposos y los padres, a través del diálogo, la consulta y la oración, pueden alcanzar gran serenidad en sus decisiones.

Mientras estaba viajando en tren hacia Tokyo, el Padre Kolbe preparó este mensaje:

Mis queridos Hermanos,

1. ¡Qué realidad agradable y grata, más aún, agradabilísima y gratísima, en la vida religiosa, es el hecho de que Dios y la Inmaculada se dignan hablarnos de modo tan claro y tan detallado a través de la santa obediencia!

De algún modo es un misterio, cuya comprensión y aceptación amorosa Dios concede sólo a esas almas que Él eligió, para que conozcan perfectamente su voluntad, o sea, le demuestren un amor perfecto —se trata de una única y misma cosa— en la vida religiosa.

Los seculares no pueden comprender esto y consideran la obediencia, que para nosotros es la realidad más querida, como una forma de esclavitud. Para ellos es un misterio oculto.

2. ¡Cuánta paz y felicidad auténtica infunde en un alma religiosa la conciencia de cumplir de modo cierto la voluntad de Dios, de ser seguramente un instrumento en las manos de la Inmaculada!

Un religioso, convencido de esta verdad, no confía en absoluto en la propia inteligencia; no busca nada con la propia voluntad sino a Dios y su santa voluntad; no se aficiona ni al trabajo, ni al lugar, tampoco a las prácticas de piedad, sino sólo y exclusivamente a la voluntad de Dios, a Dios a través de la Inmaculada.

3. En fin, ¡cómo será dulce para él la muerte! ¡De qué serenidad y de qué dulzura colmará su corazón la conciencia de que en todo dio escucha única y exclusivamente a la voluntad de Dios, a la voluntad de la Inmaculada, a través de la santa obediencia! ¡Cómo va a bendecir a aquellos superiores que quebraron sin piedad su voluntad y lo constriñeron de algún modo a caminar solamente a lo largo del camino de la obediencia ciega! En cambio, ¡con qué disgusto y remordimiento recordará en el lecho de muerte a aquellos superiores a los que, quizás, se había mayormente aficionado, por ser “más indulgentes”, “más comprensivos”, “más benévotos”, “más buenos”!

Ellos muy a menudo le permitían que secundara su personal voluntad y con ello él perdía las infinitas gracias de las bendiciones

y de las dulzuras divinas que el Señor reserva sólo para las almas generosas, dispuestas a renunciar también inmediatamente a las cosas que mayormente les son gratas, más razonables y sublimes, cuando la obediencia les requiera una cosa muy diferente, o sea, cuando Dios mismo les indique un camino distinto. Más aún, cuanto mayor es el sacrificio que esas almas cumplen de sí mismas, de sus inclinaciones, de su inteligencia, de sus gustos, tanto mayor es el amor que ellas demuestran a Dios.

Plenamente consciente de todo esto, las almas que aman de veras a Dios, no pueden vivir sin renunciar continuamente a sí mismas, a sus gustos, a su inteligencia, a su voluntad, para arder continuamente y para inflamarse cada vez más en el fuego de aquel amor verdadero que no consiste en dulces sensaciones, sino en una voluntad dispuesta siempre, doquiera y en todas las cosas a cumplir sólo y exclusivamente la voluntad de Dios, que ellas descubren con el ojo de la fe y aman por encima de su misma vida en la santa obediencia (SK 329).

Cariños y ternuras de padre

El amor del Padre Kolbe a la Inmaculada fue por cierto divino y filial; y la Virgen como premio le dilató el corazón y lo hizo padre de numerosísimos hijos, hacia los cuales experimentaba entrañables sentimientos de ternura y cariño. Continúa el mensaje a los Hermanos de Nagasaki, escrito durante el viaje en tren a Tokyo.

¡Mis queridos hijos!

Por amor de la Inmaculada yo renuncié a una familia mía y a hijos según la carne; pero la Inmaculada, que jamás se deja vencer en generosidad, me concedió hijos muy numerosos, ya que todos ustedes, que consagraron su vida entera y su eternidad a la Inmaculada, son mis hijos espirituales y Ella hizo de mí su padre espiritual.

Y créanme: Ella me comunicó tal ternura y tal cariño hacia todos ustedes, ya fuere del Japón que de Polonia, muy semejante a la ternura de un “papá” y de una “mamá” en sus relaciones con el hijo amado.

Y esto está en conformidad también con el espíritu de los primeros siglos de nuestra Orden, cuando el superior era llamado “madre”.

Ustedes reconocen inmediatamente que yo no sería para uste-

des, mis queridos hijos, un auténtico padre espiritual, si ante todo y por encima de todo no me preocupara de su alma. Por esto, no les prometo en absoluto procurarles alegrías a cada paso, porque llegaría a ser su traidor espiritual, sino que, más bien —según el método llevado a cabo por una gran santa como santa Teresa del Niño Jesús—, haré lo imposible para no ser indulgente, sino para privarles de su propia voluntad y sepultarla completamente, para que vivan sólo y exclusivamente de la voluntad de la Inmaculada.

En tal caso, ya en esta tierra poseerán la libertad de los hijos de Dios y de la Inmaculada, porque cualquier forma de apego, aunque mínimo, a cosas y personas, si no está dirigido a Dios y según su voluntad, no les permitiría volar por encima de ustedes mismos (SK 329).

Vida interior

El hombre, por ser hombre, ha de volverse oración, tanto en razón de sus orígenes y de sus fines como de sus carencias.

De ahí que todo su ser, su vida, sus relaciones, sus actividades... han de volverse oración, o sea, vida de unión con Dios, que es la raíz de toda santidad y la fuerza motriz de todo apostolado.

La oración tiene formas y grados distintos, y es un medio imprescindible para lograr nuevas gracias y bendiciones.

Según santa Teresa, "los caminos de oración son caminos de perfección".

San Maximiliano Kolbe no escribió ningún tratado sobre la oración, pero sí la vivió intensamente a los pies de la Inmaculada y la alimentó de mil maneras y con mil santas industrias, propias de los enamorados.

De su experiencia de hombre de Dios y de su cultura teológica recogió acendrados mensajes y ahora nos ofrece una gavilla de espigas para nuestra reflexión y disfrute.

La vida interior, alma de todo apostolado

El apostolado es fruto de la gracia; pero la gracia se obtiene a través de la oración... De ahí nace el apremiante llamado del Padre Kolbe a todos sus amigos y colaboradores:

En sus actividades, ante todo, deben cuidar con la máxima atención la vida interior.

En vano podrían ustedes ejercitar sus inteligencias, en vano llenarían sus mentes con innumerables, bellas e indispensables nociones, si les debiera faltar una interior y filial relación con la Inmaculada, madre, reina, caudilla y esperanza nuestra (SK 106).

La fecundidad del trabajo no depende de las capacidades, de los esfuerzos o del dinero, aunque también éstos son dones de Dios y también útiles para el apostolado católico, sino sólo y únicamente del grado de unión con Dios.

Si ésta falta o si tal vínculo se debilita, de nada valen los demás medios.

En cambio, si el vínculo es vital, todo lo demás se encontrará sin dificultad alguna (SK 1071).

La santificación de las almas, obra de la gracia divina

La gracia es la vida divina que santifica a las almas; pero también son gracias la ayuda del Señor en nuestras debilidades, la fuerza divina para levantarnos en las caídas, la asistencia del Señor en las actividades apostólicas...

La fuente de toda gracia es la oración:

Con respecto a las actividades de la Ciudad de la Inmaculada japonesa y en general de cualquier otra Ciudad de la Inmaculada o de cualquier puesto de avanzada que tenga el fin de acercar las almas a Dios, estemos precavidos en creer que el valor de una obra esté atestiguado por los frutos de la actividad exterior.

La conversión y la santificación de un alma fue, es y será siempre obra de la gracia divina. Sin la gracia de Dios nada se puede obrar en este campo, ni con la palabra viva, ni con la prensa, ni con ningún medio exterior.

La gracia para nosotros mismos y los demás, nosotros la obtenemos con la humilde oración, con la mortificación y con la fidelidad en el cumplimiento de nuestros deberes ordinarios, incluyendo los más simples.

Cuanto más unida a Dios está un alma, tanto más grata a Dios es; cuanto más lo ama ella y es amada por Él, tanto más eficazmente puede ayudar también a los demás a alcanzar la gracia divina y tanto más fácil y plenamente es escuchada su oración. Por consiguiente, también la Inmaculada —siendo la sin mancha y

totalmente de Dios— está llena de gracia y es, sin más, mediadora de toda gracia para todas las almas.

Además, conociendo nuestra debilidad, las frecuentes caídas y el alejamiento de Dios, nos dirigimos a Ella justamente por esto: para lograr toda suerte de gracia para nosotros mismos y para los demás.

En breve, el valor de toda Ciudad de la Inmaculada depende única y exclusivamente de la vida de oración, de la vida interior, de nuestro acercamiento a la Inmaculada y, por Ella, al Corazón de Jesús (SK 925).

La dimensión contemplativa es prioritaria

No faltan problemas ni actividades en la vida; pero, so pena de desubicarse y de desbarrancarse en el vacío, el hombre consciente asume como prioritaria la dimensión contemplativa.

Lo exigen su condición de criatura, su vivencia social y su incorporación al misterio del universo.

Como Cristo es Cabeza de la Iglesia y Sumo Pontífice de la “Nueva y Eterna Alianza”, todo hombre participa de la plenitud de Cristo y es el pontífice que en nombre de los demás y de toda la naturaleza vive y proclama las maravillas de Dios.

Nuestros contemporáneos, excesivamente atrapados por problemas materiales, se olvidan de la oración. Desde la mañana a la tarde, como en un exorcismo, están obsesionados sólo por el ansia de la ganancia: en el mar o por tierra, en la fábrica o en el negocio.

La oración es la expresión de un alma hermosa.

El cuerpo humano tuvo origen del polvo y, después de la muerte, se transformará en polvo. También todas las actividades humanas están dirigidas a la madre-tierra. Sólo en el momento de la oración el hombre eleva el corazón hacia el paraíso y entra en conversación con el Creador del universo, con la causa primera de todo, con Dios.

Toda buena madre goza mucho cuando el hijo le pide alguna cosa. Esto es la expresión de la confianza del hijo en la bondad de la propia madre. De igual manera Dios reconoce con alegría la confianza que nosotros le manifestamos en la oración.

Esta oración no debe expresarse en formas rígidamente establecidas. La esencia de ella es la petición, la acción de gracias o la adoración manifestada a Dios.

El que no ora, no comprende fácilmente el espíritu de la oración. Tampoco puede darse cuenta de la felicidad que la oración ofrece al alma, de la energía que la oración comunica en la vida de cada día (SK 1208).

El poder más grande del universo

El año 1939 fue sumamente funesto para Polonia y para el mundo.

Los nazis declararon guerra a Polonia, encendiendo la chispa de la conflagración planetaria.

La querida obra de san Maximiliano —Niepokalanów o “Ciudad de la Inmaculada”—, donde vivían más de setecientos hermanos, fue bombardeada y saqueada. Pese a regar con lágrimas las ruinas, Maximiliano apunta hacia lo alto, hacia los grandes valores del espíritu, e instaura la adoración perpetua: el hombre en unión y en adoración del Verbo Eucarístico.

La actividad más importante se halla en pleno desarrollo, o sea, la adoración perpetua al santísimo Sacramento, que desde hacía mucho tiempo se deseaba llevar a cabo.

Inicialmente por turnos de dos, después de cuatro y ahora de seis hermanos, cada media hora, se alternan durante todo el día. Y así durante la jornada entera corre ininterrumpidamente un torrente de oración, el más grande poder del universo, capaz de transformarnos a nosotros y de renovar la faz de la tierra (SK 895).

Ser llamas para encender otras llamas

El Padre Kolbe, recordando el mensaje de Jesús: “Sin mí nada pueden hacer” (Jn 15,5), vive obsesionado por la oración y quiere trasegar sus ansias tanto a sus hermanos en la vida religiosa como a los millones de lectores de sus revistas:

La oración es un medio desconocido y, sin embargo, el más eficaz para restablecer la paz en las almas y darles la felicidad, porque sirve para acercarlas al amor de Dios.

La oración hace renacer el mundo. La oración es la condición indispensable para la regeneración y la vida de toda alma. Por medio de ella santa Teresita, sin abandonar los muros de su

convento, llegó a ser la Patrona de todas las Misiones, y no sólo de título, como la experiencia demuestra.

Oremos también nosotros, oremos bien, oremos mucho, ya con los labios ya con el pensamiento; y experimentaremos en nosotros mismos cómo la Inmaculada tomará siempre más posesión de nuestra alma, cómo nuestra pertenencia a Ella se profundizará siempre más bajo todo concepto, cómo nuestras culpas se desvanecerán y nuestros defectos se debilitarán, cómo suave y potentemente nos acercaremos siempre más a Dios.

La actividad exterior es buena, pero, obviamente, es de secundaria importancia y aún menos en relación a la vida interior, de recogimiento y de oración, a la vida de nuestro personal amor hacia Dios.

Sólo a través de la oración es posible alcanzar el ideal de san Agustín: “El amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo construyó la ciudad de Dios”. Ha de ser un desprecio no sólo imaginario, sino real. De esa manera, conociéndonos siempre mejor a nosotros mismos, nuestra nada y nuestras debilidades, podemos despreciarnos a nosotros mismos y desear que los demás nos traten como merecemos.

En la medida en que ardamos cada vez más del amor de Dios, podremos abrasar con un amor semejante también a los demás (SK 903).

¡No apagar el espíritu de oración!

Maximiliano Kolbe, como franciscano, semanalmente escuchaba la lectura de la regla de san Francisco, que en el quinto capítulo declara: “Los hermanos a los que ha dado el Señor la gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente, de forma tal que, evitando el ocio, que es enemigo del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, a cuyo servicio deben estar las demás cosas temporales”.

Maximiliano no sólo profesó la regla, sino que vivió profundamente su espíritu. Su vida fue oración y la oración fue su vida.

En ocasión de un Capítulo Provincial apremia a todos los hermanos a unirse en oración, para impetrar luces y gracias del Espíritu Santo:

Espero que todos los hermanos —propiamente todos sin excepción alguna— nos ayudarán durante el Capítulo no sólo con la

oración exterior, sino también con la interior, de la que habla el padre san Francisco en la regla, “que los hermanos no apaguen el espíritu de oración”. Ese espíritu consiste en elevar siempre el pensamiento a Dios, o sea, la propia intención en el obrar, para trabajar, reposar y también orar públicamente sólo porque ésta es la voluntad de la Inmaculada, para agradecerle a Ella y, por Ella, al sacratísimo Corazón de Jesús.

Y no hay que buscar nunca en ninguna cosa la satisfacción de otras intenciones, como por ejemplo: una cosa me gusta y otra no, esto convence y aquello no, o en esto se puede sacar una ventaja para sí; u otras cosas por el estilo.

Estas *otras intenciones* frenan el desarrollo de la Ciudad de la Inmaculada y el crecimiento interior de cada alma en particular, de aquellas que no se esfuerzan por romper estas ataduras y lanzarse hacia los más sublimes ideales, hacia Dios, hacia la conquista de almas para Él a través de la Inmaculada.

Oremos para que la Inmaculada purifique y eleve siempre más nuestras intenciones (SK 878).

Sembrando pétalos

Muchas son las maneras de alimentar el espíritu de oración y la unión con Dios.

Hay momentos fuertes y privilegiados, como las oraciones comunitarias y litúrgicas; pero también hay mil otras posibilidades de elevar nuestro corazón hacia Dios: un pensamiento, un deseo, una mirada, un beso, una sonrisa, una invocación, una jaculatoria u oración breve y fervorosa... Son otros tantos medios de unión y a la vez manantiales de gracias y alegrías.

Muy acertada es la frase: “Mientras se trabaja, una breve jaculatoria es la oración mejor”, y es también muy práctica, porque nos une constantemente y de modo siempre más íntimo a la Inmaculada como un instrumento se une a la mano de la maestra, y porque por este medio alcanzamos la gracia de la iluminación de la inteligencia (para reconocer su voluntad) y del fortalecimiento de la voluntad (para cumplirla).

Nosotros somos instrumentos, pero no físicamente constreñidos como un pincel en las manos de un pintor, sino guiados a través de la razón y la voluntad. Si nos dejamos conducir de manera

perfecta, entonces, aunque fueran precisos los milagros, ni éstos serán difíciles para nosotros.

Por otra parte, ustedes conocen ya perfectamente todo esto, porque la Inmaculada les enseña, ya a través de las inspiraciones interiores, ya mediante la realidad que les rodea y todos los acontecimientos, pero sobre todo a través de la santa obediencia.

Ustedes oren (con breves jaculatorias, aunque también fuere con el solo nombre de “María”) y sufran (sobre todo soportando lo que Ella misma se digne permitirles, exterior e interiormente)... Y, además, alégrense, sí, alégrense también y trabajen y descansen... Y todo, todo lo que se relaciona con ustedes, ofrézcanlo según las intenciones que mayormente agraden a la Inmaculada; o sea, dónenselo a Ella en propiedad y a su libre disposición.

Nosotros nos hemos consagrado a Ella ilimitadamente, y por ende no tenemos derecho ni a pensamientos, ni a acciones, ni a palabras nuestras. Que Ella nos gobierne “despóticamente”. Se digne benévolamente no respetar nuestra libre voluntad y, cuando nosotros quisiéramos desvincularnos de su mano inmaculada, nos obligue, incluso si a nosotros nos desagradara mucho, muchísimo, incluso si nosotros protestáramos y negáramos y suplicáramos; no contemple nada, sino que nos obligue con la fuerza; pero justamente en ese entonces nos apriete aún más fuertemente a su Corazón (SK 373).

Sin embargo, tampoco Ella nos sustituirá. Somos nosotros que hemos de renunciar a nosotros mismos y consagrarnos a Ella (SK 878).

Fuerza del hombre, debilidad de Dios

Maximiliano Kolbe, respaldado por su espiritualidad y por su cultura, fue un eximio director de almas.

Pero la vida espiritual nunca fue fácil: es lucha y milicia. El campo de batalla no está fuera de nosotros, sino en lo más íntimo de nosotros mismos, en nuestro corazón.

San Pablo tenía plena conciencia de esas luchas entre el bien y el mal: “No hago el bien que quisiera hacer; hago el mal que no quisiera hacer”; pero se arrojaba en los brazos de la misericordia divina que le sugería: “Mi fuerza se pone de manifiesto en tu debilidad” (Rm 7,15; 2 Cor 12,19).

Maximiliano nos va a abrir cauces de aliento y desplegará ante nuestros ojos nuevos horizontes:

A veces escuchamos la queja: "Quisiera corregirme, quisiera ser mejor, pero no soy capaz". En la historia leemos de grandes capitanes y vencedores que no eran capaces de dominar las propias malas inclinaciones. Tal fue, por ejemplo, el célebre Alejandro Magno que murió prematuramente por el desarreglo de su vida.

Dirigiendo una mirada a nuestro alrededor, notamos la desaparición, francamente espantosa, de la moralidad, sobre todo en medio de la juventud. Para peor, están naciendo instituciones de veras infernales, que insertaron en su programa el delito y el libertinaje. Fueron justamente los miembros de esta asociación que llevaron a cabo en Wilno el famoso asesinato de un profesor durante los exámenes.

El cine, el teatro, la literatura, el arte, dirigidos en gran parte por la mano invisible de la masonería, en lugar de difundir la instrucción, trabajan febrilmente en conformidad con las resoluciones de los masones: "Nosotros venceremos a la Iglesia católica, no con el razonamiento, sino pervirtiendo las costumbres".

¿Cómo oponerse a esto?

En tales circunstancias podría parecer índice de humildad el reconocimiento de la propia impotencia, sobre el calce de la frase: "No soy capaz de corregirme". En cambio se anida en ella una soberbia encubierta.

¿De qué manera? Pues bien, tales personas reconocen que son capaces de hacer una cosa o la otra, mientras no son capaces de dominar éste o aquel defecto, éstas o aquellas circunstancias.

Todo ello demuestra sólo que ellos cuentan únicamente con sus fuerzas y creen ser capaces de hacer una cosa o la otra únicamente en los límites de las propias fuerzas.

Esto no es verdad, sino que es una mentira, porque con nuestras propias fuerzas, por nosotros solos, sin la ayuda divina, no somos capaces de nada, absolutamente de nada (Jn 15, 5). Todo lo que somos y todo lo que tenemos o podemos hacer, lo tenemos de Dios y lo recibimos de Él en todo instante de la vida, porque el permanecer en la existencia no es otra cosa que recibir continuamente tal existencia.

Por nosotros solos no somos capaces de hacer nada, a excepción sólo del mal, que justamente es carencia de bien, de orden, de fuerza.

Si reconociéramos esta verdad y dirigiéramos la mirada hacia Dios, del que recibimos en cada instante todo lo que tenemos, en seguida veríamos que Él, Dios, puede darnos también mucho más

y que Él, como óptimo Padre, desea darnos todo lo que nosotros necesitamos. Pero cuando un alma se atribuye a sí misma lo que es don divino, ¿puede acaso Dios colmarla de gracias? En tal caso Él la confirmaría en su opinión falsa y arrogante. Por su misericordia, pues, Él no concede una gran abundancia de dones y... hasta permite una caída, para que el alma conozca finalmente lo que ella es por sí misma y no ponga su confianza en sí misma, sino que se consagre únicamente a Él con plena confianza.

He ahí el motivo por el cual para los santos también las caídas eran peldaños hacia la perfección. Sin embargo, ¡ay del alma que no aceptara ni siquiera esta extrema medicina y, permaneciendo fija en la propia soberbia, afirmara: "No soy capaz de corregirme", porque Dios es también justo y exigirá que se le rinda estricta cuenta de toda gracia concedida!

¿Qué hay que hacer, pues? Consagrarse totalmente con una confianza ilimitada en las manos de la misericordia divina, de la que la Inmaculada es, por voluntad de Dios, la personificación. No confiar de ningún modo en nosotros mismos y tener miedo de sí, confiarse a Ella sin limitación alguna y dirigirse a Ella como un niño a la madre, en toda ocasión cuando nos sentimos impulsados al mal; y no caeremos en faltas.

Los santos afirman que el que durante la tentación invoca a la Virgen, seguramente no pecará, y que aquel que durante toda la vida se dirige a Ella con confianza, ciertamente se salvará (SK 1100).

La oración y su eficacia infalible

Todo diálogo tiene un ámbito, requisitos, interlocutores y finalidades...

La oración es un diálogo del hombre con Dios con toda su variedad de formas y de motivaciones. La mayor parte de nuestras oraciones nace de las angustias y necesidades espirituales y temporales.

¿Será escuchada nuestra oración? Jesús lo prometió: "Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, mi Padre se lo dará" (Jn 16,23).

La oración, pues, es una apuesta divina, infalible. ¡Aprovechémosla!

Algunos preguntan si la oración es de veras tan eficaz, dado que

Dios sabe todo y nada puede oponerse a su voluntad. Por esta razón, en cada caso todo debe proceder según su voluntad.

Dios dotó a sus propias criaturas con el libre albedrío y no lo viola, sino que solamente le impone límites que no puede traspasar. Se trata de cosas generalmente imposibles: las leyes físicas o los acontecimientos que dependen del libre albedrío ajeno, al que muchas criaturas no son capaces de oponerse. No obstante esto, el libre albedrío tiene un campo muy vasto, en el que Dios le deja libertad de acción.

Sin embargo, examinando cuidadosamente las cosas, cuando se trata no del efecto exterior de tal acción sino de la actividad de la voluntad misma: por ejemplo, el querer o no querer, el amar o el despreciar..., entonces hay que reconocer que el libre albedrío no tiene limitación alguna, como, de alguna manera, la voluntad de Dios. Por esto, puede ser bueno o malo sin límites.

Nosotros rezamos: "Hágase tu voluntad" (Mt 6,10), para pedir a Dios que limite aún más la maldad del libre albedrío de los que quieren comportarse contra su voluntad. Hablando con propiedad, Dios no permite nada que no pueda transformar en bien; sin embargo, deja a las almas un amplio campo de acción, en el que ellas pueden disponer de su omnipotencia para limitar la libertad de la mala voluntad de los que no aman a Dios.

He ahí el vasto campo de la oración. Dios quiere que las almas humildes, que lo aman y por ende lo invocan, gobiernen al mundo con la bondad y la potencia divinas, salven y santifiquen las almas y establezcan en ellas el reino del Amor divino.

Por consiguiente, la potencia de la Inmaculada es la potencia de Dios sin limitación alguna, porque Ella no tiene mancha; y su potencia se extiende sobre todo, como la bondad y la potencia de Dios.

Poderosa es, pues, la oración, más aún ilimitadamente poderosa, cuando se dirige a la Inmaculada la cual, justamente por ser Inmaculada, es una Reina que ejerce todo poder incluso sobre el Corazón de Dios (SK 1302).

El Rosario: nuestra potencia

El amor se manifiesta de mil maneras a través de símbolos y gestos concretos: piropos, poesías, cantos, cartas, flores, regalos... El rosario es un collar de perlas y de flores espirituales que ofrecemos a la Virgen María.

Maximiliano Kolbe lo recomendaba mucho como el medio más simple, fácil y popular de expresar nuestra devoción.

Pablo VI, en su encíclica Culto Mariano, sintetizando la doctrina tradicional, llama al rosario “un compendio del Evangelio y una oración evangélica centrada en el misterio de la encarnación redentora”, mientras “la repetición letánica del Avemaría se vuelve alabanza incesante a Cristo”. Es una oración contemplativa en la que “se meditan los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquélla que estuvo más cerca del Señor”.

En una palabra, rezar el rosario es contemplar con María al Señor encarnado, crucificado y resucitado por nuestra salvación:

Milites de la Inmaculada y todos ustedes que van a leer estas palabras, durante este mes de octubre, mes del rosario, procuren, en los límites de sus posibilidades, participar en la oración común del rosario, en las iglesias, en las banquetas de los caminos o delante de un cuadro o imagen de la Virgen.

El que no puede alejarse de su habitación, cada día rece en casa la tercera parte del rosario.

¿Por qué?

Porque la Inmaculada en persona quiso exhortarnos a rezar el santo rosario, apareciendo a santa Bernardita con el rosario en la mano.

¿Para beneficio de quién?

Para beneficio de quien tiene mayor necesidad, sobre todo para beneficio de los pecadores y de los enemigos de la Iglesia. Son hermanos pobres e infelices, tanto más infelices porque no advierten que están corriendo hacia la propia perdición; pero son hermanos, ya que Jesús de ninguna manera los excluyó de los méritos de su pasión.

¿Según qué intención?

¿No les parece, queridos lectores, que la intención mejor es que cuanto antes se conviertan y, más aún, se enrolen en la Milicia de la Inmaculada y, con el deseo de reparar el mal cometido hasta aquel momento, se empeñen con mayor fervor, siguiendo el ejemplo de san Pablo después de la conversión, en la obra de la salvación de las almas? (SK 1133).

El Rosario: paz, fuerza, felicidad

Como en la parábola evangélica muchos excusaron su asisten-

cia a las bodas, así para la oración y, en especial, para el rezo del rosario suelen buscarse muchas excusas y pretextos.

El Padre Maximiliano, una a una, rebate esas excusas y en un largo artículo periodístico vuelve a recomendar el rezo como bálsamo de consuelo para desesperados y deprimidos:

Din, don, din, don, ¡al rosario, al rosario! llaman las campanas de la iglesia y hacia el atardecer su sonido corre por las calles, se introduce en las casas, palacios, sótanos y buhardillas, se eleva por encima de los campos y bosques, penetra en los caseríos campesinos, entra en los oídos, en las mentes y en los corazones. *¡Al rosario, al rosario!*

Muchos esperan con gozo esta señal y, apenas oyen los primeros tañidos de la campana, se apuran en el trabajo, se reúnen juntos y acuden a su Reina.

Pero hay algunos que vacilan: “¡Tengo mucho que hacer! ¡Estoy tan cansado! Debo descansar. Además, el rosario no es la santa Misa dominical y festiva, a la que hay que asistir so pena de pecado... Tengo huéspedes. Llegaron de lejos... ¡Tengo que ir de una parte a otra!”, y siguen las excusas.

Miles de pretextos dan vuelta por la cabeza: “¿Ir o no ir?”

La Virgen, Reina no sólo del cielo sino también de la tierra, ¿no es capaz, quizás, de bendecirme en el trabajo, para que lo lleve a cabo con mayor facilidad, más de prisa y mejor?... ¿No podría, quizás, disponer las circunstancias de tal modo que sean más favorables para mi alma y tal vez para mi misma existencia terrena (con tal que ésta no esté en contraste con el problema más importante, es decir, el de la salvación)?...

Pues bien, la Virgen desea para mí lo mejor, más de cuanto pueda hacer yo, y me puede ayudar, porque a Ella el Creador no es capaz de negarle nada. ¿No es mejor, pues, confiarle a Ella mis preocupaciones y mis cuitas? Ella podrá remediarlas más de prisa y más fácilmente que yo.

“Estoy cansado a causa del trabajo”. Con todo, ¿dónde hallaré mejor reposo y paz sino a los pies de Aquélla que es nuestra Madre, auxiliadora, refugio, consoladora?

Es verdad que la recitación del rosario no es obligatoria so pena de pecado; pero ¿qué amor sería el que se limitara a los estrictos deberes, cuyo descuido llega a ser una transgresión, quizás, grave? Tal modo de obrar parecería más una servidumbre de esclavos que el amor del hijo hacia el óptimo Padre celestial y la Madre más cariñosa. ¡No, quien obrara así, sería un indigno amante de María!

El verdadero enamorado de la Virgen busca, más bien, la oportunidad de acudir a Ella lo más a menudo posible y permanecer lo más que puede a sus pies (dentro de los límites que le permiten los deberes de su estado). Le confía todas sus dificultades y sus preocupaciones y él mismo, dentro de los límites que sus fuerzas le consienten, reflexiona y trabaja para que las obras de María procedan de la manera mejor y que su reino se dilate en las almas de todos los que viven ahora y vivirán en el futuro: conocidos y desconocidos, amigos o enemigos, parientes y conciudadanos, compatriotas o extranjeros, católicos o acatólicos. He ahí sus aspiraciones y sus deseos; he ahí la meta a la que tienden sus esfuerzos. ¿Y de dónde sacar la luz para saber qué y cómo obrar, sino a los pies de Ella? ¿Se podría ir, acaso, a otras partes para sacar las fuerzas para un trabajo tan sublime?

“¡Tengo huéspedes en casa!” Entonces, vamos juntos. En efecto, yo deseo la felicidad también para ellos, mientras a menudo los negocios personales pueden ser despachados también en otro momento.

“¡Pero hay también gente que al rosario no va!” Si sus empeños personales no se lo consienten seriamente, porque han de cumplirlos justamente en esta hora y no en otra, la Inmaculada aceptará su ardiente deseo de asistir al rosario común, Ella misma descenderá en ellos y colmará su corazón de bendiciones.

Aquellos a los que el amor hacia el prójimo entretiene junto al lecho de personas enfermas para darles su ayuda, no se entristezcan ni se aflijan. La Inmaculada aceptará los servicios que ellos presten a los enfermos.

¿Qué decir de los que podrían ir al rosario, y con todo no van por pereza o por descuido o a veces por una diversión pecaminosa? ¿Puede acaso la Inmaculada bendecirlos?

Din, don, din, don, ¡al rosario, al rosario! —llaman las campanas por última vez.

La iglesia está repleta. El cuadro de la Inmaculada, puesto sobre el altar, está todo iluminado en medio de las velas. Toca la campanilla junto a la sacristía. Comienza la función.

“Padrenuestro, Avemaría, Avemaría...”

En los corazones doloridos descende un bálsamo de alivio, en las almas desesperadas brota de nuevo un rayo de esperanza.

Los pobres, los cansados, los que se hallan encorvados bajo el peso de las preocupaciones, tribulaciones y cruces sienten siempre más clara y expresamente que no son huérfanos y que tienen una

Madre que conoce sus dolores, los compadece, los consuela y los ayuda.

Sienten que deben sufrir todavía un poco, pero que después seguirá una recompensa, la recompensa eterna e infinita. Más aún, sienten que vale la pena sufrir mucho en esta breve vida para borrar las culpas cometidas y dar una prueba de su amor a Dios. Comprenden que en el sufrimiento el alma se purifica como el oro en el fuego, se desprende de las ilusiones que el mundo llama felicidad, y se eleva siempre más en alto, infinitamente más en alto hasta el manantial de toda felicidad, a Dios. Se dan cuenta que sólo en Él el alma puede tomar reposo, mientras todo lo demás es demasiado poco...

"Bajo tu amparo..." —resuena por toda la iglesia. Un canto que sale del corazón y une los corazones de los hijos con el corazón de la Madre.

Se acabó la función, se apagan las luces; y los que participaron, regresan felices a sus casas con una dichosa paz en el corazón y fortalecidos en el espíritu (SK 1102).